

LOS YESEROS DE VALDEMORO: UN SIGLO DE ACTIVIDAD ECONÓMICA A TRAVÉS DE TESTIMONIOS ORALES

María Jesús López Portero
ARCHIVERA MUNICIPAL DE VALDEMORO

A mi padre
In memoriam

La explotación de las canteras de yeso en Valdemoro al menos se remonta al siglo XVI, cuando aparecen las primeras noticias sobre la extracción de la piedra y su transformación en los documentos del Archivo Municipal. Desde entonces hasta la segunda mitad del XIX son escasos los testimonios escritos que confirman una actividad económica vinculada tradicionalmente a la población. A pesar de ello, sin lugar a dudas, la elaboración del yeso formó parte indiscutible de las ocupaciones de muchos valdemoreños a lo largo de toda su historia. En la primera mitad del siglo XX y, sobre todo, a partir de la guerra civil surgieron nuevas fábricas que proporcionaron un amplio mercado laboral. Los destrozos en los edificios provocados por el conflicto bélico requirieron abundantes materiales de construcción y, como consecuencia de ello, las canteras y yeserías del municipio conocieron un periodo de máximo esplendor. Todavía residen bastantes personas en la localidad que de un modo u otro trabajaron en las numerosas empresas diseminadas por el término municipal: canteros, yeseros, transportistas, raspadores o cosedoras de sacos convirtieron este mineral en su forma de vida. Una serie de entrevistas programadas con varios vecinos relacionados con la profesión nos ha permitido conocer la dureza del oficio, las herramientas, las penosas condiciones de trabajo o también los momentos de descanso compartidos entre todos.

Fuentes documentales

En el Archivo Municipal de Valdemoro se conserva material audiovisual procedente de una iniciativa llevada a cabo por la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento destinada a rendir un homenaje a aquellos empleados en las explotaciones yesíferas esparcidas por el municipio. Ellos y su esfuerzo fueron responsables, en cierto modo, del progreso alcanzado a partir de los años 50 del pasado siglo pero, principalmente, desde

mediados de los 60. Circunstancia que llegó a convertir a Valdemoro en una ciudad con el mayor potencial de puestos de trabajo entre las de su entorno más inmediato.

Para cumplir este programa se efectuaron diferentes entrevistas a algunos de los protagonistas de aquella especie de “revolución industrial local” que fueron desgranando sus recuerdos en aras de que la memoria histórica del municipio ni se pierda ni caiga en el olvido. El resultado ha sido la producción de más de diez horas de conversaciones grabadas en formato DVD, cuya riqueza informativa complementa de modo harto elocuente a la que aparece en los demás soportes documentales custodiados en el archivo y que expresan la evolución, esplendor y extinción de uno de los principales medios económicos valdemoreños. Así, junto a los expedientes de obras, de arrendamiento de bienes, de instalación de industrias, compraventa de terrenos, etc., referidos a fábricas de yeso y explotación de canteras, contamos con una fuente de preciada magnitud: la que proporciona la historia oral de aquellos que vivieron en primera persona la rudeza del trabajo, la conveniencia del salario, la solidaridad entre los compañeros o los pocos ratos de asueto tras la agotadora jornada diaria. En definitiva, los testimonios aportados por ellos, unido a la abundancia documental sobre la extracción y explotación del espejuelo, han constituido la base para llevar a cabo una investigación que pone de manifiesto no sólo el impulso de una de las actividades más importantes en la subsistencia de los valdemoreños en los últimos 100 años, sino también la influencia que tuvo en el incremento demográfico y en el cambio social de la población.

Se seleccionaron 26 informantes, 25 hombres y una mujer que cumplieron buena parte de su vida laboral en tareas relacionadas con esta industria: barreneros, raspadores y camioneros, fundamentalmente. La edad de los entrevistados oscila entre los 65 y los 88 años y la mayoría de ellos mantiene una memoria privilegiada que les permite recordar con nitidez hechos relacionados con el tema investigado. El periodo cronológico estudiado podemos acotarlo desde 1941, cuando se crea *La Yesera Nacional* y 1970, aproximadamente, momento en que las factorías empiezan a cerrar sus instalaciones para trasladarse casi todas ellas al vecino pueblo de San Martín de la Vega, donde debieron acudir la mayoría de trabajadores para poder seguir ganándose el jornal.

En cuanto al tipo de cuestionario elegido ha versado sobre los principales puntos de interés respecto a la dedicación al oficio y su contextualización:

- situación económica de Valdemoro en la época en que trabajaron en canteras y fábricas (desde mediados de los años 40 a principios de los 70)

- dureza y condiciones físicas de las diferentes categorías
- compañerismo y solidaridad entre los trabajadores
- ocio y aficiones una vez terminada la jornada cotidiana

Para la recogida de datos se tuvieron en cuenta varios escenarios: el primero de ellos ubicado en algunas de las últimas canteras que subsisten en el término municipal, al sur del casco urbano, en el margen izquierdo de la carretera de Andalucía, actual A-4, en concreto la denominada *La Buzanca*. En la actualidad, buena parte de la superficie ocupada por las canteras en la antigüedad ha sido sustituida por uno de los polígonos industriales más extensos de Valdemoro: el Valmor. En su viario se han mantenido los nombres relacionados con la fabricación del yeso: la avenida de los Yeseros y la avenida de las Canteras conforman los ejes principales en torno a los que se asientan las distintas industrias. En esa zona se concentraban la mayor parte de las explotaciones que abastecían de la materia prima necesaria a las fábricas locales y es donde los informantes dedicados a la cantería expusieron de modo gráfico la manera de hacer los barrenos imprescindibles para extraer la piedra de yeso. En dicho emplazamiento, conocido como el paraje de *Los Yesares*, aún quedan los restos de una de las últimas fábricas en funcionamiento, *Safrye*¹, y allí también recordaron la ubicación de los hornos, las rampas donde se situaban los camiones para la carga y descarga diaria o las naves de almacenamiento de material. Los otros lugares de grabación han sido viviendas particulares escogidas como punto de reunión para los distintos asistentes, que fueron respondiendo detalladamente a un cuestionario prefijado, utilizado sólo a modo de guía inicial para el entrevistador.

Respecto a las fuentes escritas, la investigación se ha centrado en los siguientes documentos del Archivo Municipal:

- libros de acuerdos del ayuntamiento pleno desde el siglo XVI al XX
- contratos de arrendamiento de canteras de propiedad municipal a empresarios particulares (1867-1966)
- documentación fiscal relacionada con el arbitrio que debían pagar los productores de yeso y escayola al ayuntamiento (1872-1970)

¹Esta fábrica fue creada en 1965 gracias a la iniciativa de dos empresas locales (*Yesos Humanes* y *Yesera La Mundial*), con el fin de hacer una explotación de yeso más racional y económica y llegar a producir parte del yeso con las características de resistencia que se requería en el momento. Las fábricas originarias de esta agrupación serían cerradas una vez puesta en marcha la nueva sociedad y se alcanzara el nivel de calidad y producción estimado, según apuntaban en la memoria del proyecto presentado en el Ayuntamiento. SAFRYE, “Licencia para la construcción de una fábrica de yeso”, 1965, Archivo Municipal de Valdemoro.

- licencias de obra mayor autorizando la construcción de hornos y fábricas de yeso (1903-1966)
- licencias de instalación de industrias (1955-1967)

Asimismo, también se ha tenido en cuenta el fondo fotográfico municipal, tanto las fotografías aéreas tomadas por Paisajes Españoles a principios de la década de los 60 del pasado siglo, donde se aprecian con claridad los hornos de las factorías diseminadas por el casco urbano, como las imágenes cedidas por los vecinos que muestran, en la mayoría de los casos, el compañerismo y camaradería existente entre un gremio con una fortaleza y aguante físico difícil de imaginar hoy en día.

Introducción histórica

Valdemoro es un municipio situado en el sur de la provincia de Madrid, cuyas peculiaridades geológicas han permitido a sus habitantes desarrollar una productiva actividad económica a través de los siglos: la extracción y fabricación del yeso. Anastasio de la Calle Hernández, médico municipal en el siglo XIX y principios del XX y redactor de una crónica sobre las condiciones higiénico-sanitarias locales, ofreció una definición bastante concisa de las características del subsuelo valdemoreño: “La naturaleza del suelo, así del término como de la población, pertenece a la formación *Terciaria*, grupo *Falúnico* y se compone de una capa de tierra vegetal, poco profunda, sobre un banco de base caliza interpuesta con la tierra arcillosa que se halla después; es abundante el *carbonato de cal* y la *sílice*, existiendo en muy corta proporción alguna variedad de *cuarzo*; pero sobre todo abunda el *sulfato calizo cristalizado* o *espejuelo* [...] y cuyo mineral calcinado, se utiliza para la construcción, siendo apreciado como yeso de la mejor calidad”². Esta peculiar composición del terreno proporcionaba la materia prima necesaria para la prosperidad de una industria cuya aparición probada en la localidad se remonta a la Edad Moderna y que hasta bien entrado el siglo XX ha constituido uno de los pilares fundamentales de su economía.

Los primeros documentos que reflejan la presencia de tan floreciente negocio datan del siglo XVI. En los libros de acuerdos de esa época conservados en el Archivo Municipal han quedado registradas sucesivas resoluciones del concejo encaminadas a

²CALLE HERNÁNDEZ, Anastasio de la. *Memoria médico topográfica de la villa de Valdemoro*, Madrid, 1890, pp. 17-18. Véase también, BAÍLLO Y CONEJO, Román. *Valdemoro*, Madrid, Biblioteca ilustrada de la provincia, 1891, pp. 40-41.

controlar el progresivo incremento del precio del yeso, que por entonces rondaba los 10 reales el cahíz (medida de capacidad para áridos, de distinta cabida según las regiones. El de Castilla corresponde a 12 fanegas y equivale a 666 litros, aproximadamente)³. A principios del seiscientos la explotación yesífera era una actividad económica en cierta expansión, merecedora del control de calidad por parte de los regidores; porque, según parece, algunos industriales no cumplían de modo ortodoxo con la norma: utilizaban una medida irregular y extraían el mineral de malas canteras y, en consecuencia, el producto resultante no ofrecía las condiciones adecuadas. La situación requirió la atención del regimiento que tomó el acuerdo de que los yeseros midieran el material con cuartillas, no con espuestas, y sacaran la piedra de las buenas canteras⁴.

Con el devenir del tiempo, los yesos valdemoreños llegaron a alcanzar una reconocida fama en la comarca, según podemos comprobar en el Catastro de Ensenada, donde en la relación de tiendas y otras mercaderías de la villa figuran inscritas una docena de yeserías. La producción anual de cada una de ellas ascendía a 900 reales, con la excepción de la fábrica de Jerónimo de Pinto que no logró alcanzar a sus numerosos competidores y se quedó en una renta de 300 reales por año⁵. A finales del siglo XVIII los peritos encargados de responder al cuestionario enviado por el cardenal Lorenzana a todas las parroquias de su diócesis también aludían a las excelentes propiedades del producto: “...sólo hay canteras muy abundantes de yeso negro y blanco y se fabrica también el yeso mate para los doradores, uno y otro de la mejor calidad que se conoce según sientan los que lo han gastado lo de aquí y de otras partes, y el mate no hay noticia se fabrique en otra parte”⁶.

Igualmente son abundantes las referencias documentales del XIX donde se manifiesta la proliferación de los negocios vinculados al yeso. Aunque por esa época úni-

³AYUNTAMIENTO DE VALDEMORO, “Libro de Acuerdos, 1553-1595”, Valdemoro, 24 de agosto de 1590, Archivo Municipal de Valdemoro, f. 340.

⁴AYUNTAMIENTO DE VALDEMORO, “Libro de Acuerdos, 1596-1621”, Valdemoro, 29 de septiembre de 1603, Archivo Municipal de Valdemoro, f. 139 v.

⁵Contestación a la pregunta número 32. AYUNTAMIENTO DE VALDEMORO, “Respuestas dadas por los capitulares y peritos de la villa de Valdemoro a las preguntas del interrogatorio de la letra A”, 1751, Archivo Municipal de Valdemoro.

⁶AYUNTAMIENTO DE VALDEMORO, “Descripción de la villa de Valdemoro dirigida al Cardenal Lorenzana”, Valdemoro, 1782, *Descripción de los pueblos para la Historia y mapa tipográfico*, Archivo Diocesano de Toledo.

camente existía como fábrica de cierta entidad *La Mejor*⁷, ubicada al otro lado de la vía férrea, lo cierto es que la explotación del sulfato de calcio hidratado era un buen recurso para ganarse la vida los valdemoreños. De ese modo, en el último tercio hay constancia de las abundantes peticiones recibidas por el concejo para el establecimiento de hornos de yeso en distintos puntos del término municipal; muchas de ellas procedían de particulares que veían así una oportunidad de hacer dinero al margen de las tareas agrícolas que constituían la base de la economía de la época y que, en numerosas ocasiones, solicitaron al Consistorio el arrendamiento de bienes de propios (terrenos de titularidad municipal) para la extracción de piedra de yeso.

Ya en el XX podemos considerar dos etapas muy diferenciadas: desde su inicio hasta los años inmediatos a la terminación de la guerra civil y entre la década de los 60 y finales de los 70. En la primera de las fases también es posible establecer, a su vez, dos periodos. Durante el primero de ellos, que llegaría a los años 30, se concentraron un buen número de peticiones de modestos empresarios, casi todos naturales del municipio, que dirigieron sus instancias al Ayuntamiento a fin de obtener licencias de instalación de hornos o arrendamiento de canteras. Generalmente eran pequeñas explotaciones, muchas de ellas ubicadas en el propio casco urbano; llegaron a ser tan cuantiosas que, incluso, merecieron la denuncia de un vecino, Félix Alcalde, quien protestó ante el Consistorio para que todas las yeserías instaladas dentro del caserío fueran clausuradas (1908). El segundo periodo corresponde a los años posteriores a la guerra civil, cuando se produjo uno de los periodos álgidos en la producción yesífera, relacionado directamente con la necesidad de materiales de construcción para reparar los destrozos provocados por el conflicto bélico. Es en ese momento cuando se crea una de las primeras fábricas con las características y peculiaridades de una factoría moderna: *La Yesera Nacional* (1941), una de las más emblemáticas de la localidad hasta su desaparición en 1963. La última etapa de la supremacía yesera en Valdemoro tiene lugar a partir de los primeros años 60 y está relacionada, sin duda alguna, con los planes de estabilización y desarrollo proyectados por el gobierno franquista para la revitalización económica del país. Entonces los industriales del sector vieron una gran oportunidad de negocio, según se afirmaba en la memoria del proyecto presentado por *Ibérica del Yeso S.A.* para instalarse en el pueblo: “Con el establecimiento de esta nueva fábrica se trata de cubrir la

⁷“Solicitud de la Federico Hoppe, de la Sociedad Industrial “La Mejor”, para construir un edificio”, Madrid, 1882-1885, *Serie Vías y Obras*, Archivo de la Fundación de los Ferrocarriles Españoles.

gran demanda que existe actualmente tanto en Madrid como en su provincia debido a la gran cantidad de edificios en construcción, pues a pesar de las numerosas fábricas de esta zona la producción es insuficiente por tratarse en su mayoría de fábricas de producción lenta por emplearse en todas ellas el sistema antiguo de hornos cilíndricos de ladrillo”⁸. La merecida fama de los yesos llegó a tales proporciones que se eligió el siguiente slogan en forma de pegatina “Valdemoro, madre del yeso”, que muchos vecinos, ufanos, llevaban adherido en el parabrisas de sus vehículos. En definitiva, el municipio era un buen lugar para buscarse la vida.

La proliferación de establecimientos influyó de modo notable en la demografía local que aumentó considerablemente su número de habitantes debido a las posibilidades de trabajo ofrecidas por las canteras y fábricas de yeso. En el padrón municipal de habitantes correspondiente a 1965 se contabilizan casi 100 trabajadores empleados en la industria del yeso: peones yeseros, canteros, chóferes de las fábricas y administrativos. Ese año Valdemoro tenía 4.685 habitantes.

La información aportada por los entrevistados, junto a la documentación textual y gráfica conservada en el Archivo Municipal sugiere los contenidos planteados en los siguientes epígrafes.

La villa de Valdemoro entre 1940 y 1970

Como en tantos otros lugares la guerra civil dejó tras de sí una trágica situación socioeconómica de muy lenta recuperación. La cifra ofrecida por el padrón municipal de habitantes correspondiente a 1940 es fiel reflejo de los efectos devastadores de la contienda:

Año	Habitantes
1930	3.517
1940	2.713
1950	3.115
1960	4.411
1970	6.363

⁸IBÉRICA DEL YESO, S.A., “Solicitud de licencia urbanística para la instalación de una fábrica de yeso por Ibérica del Yeso, S.A.”, Valdemoro, 1966, *Expedientes de licencia de apertura*, Archivo Municipal de Valdemoro.

Fuente: Padrón Municipal de Habitantes.
Archivo Municipal de Valdemoro

Cuando se inicia la década de los 40, una vez finalizado el conflicto, muchos de los edificios del casco urbano habían sido afectados por los bombardeos y era el momento de ponerse a reparar los daños ocasionados, como prueban algunos de los expedientes de licencias de obras solicitadas para reconstruir las viviendas destruidas por la guerra que se conservan en el Archivo Municipal⁹. En aquella época la principal actividad económica de los vecinos seguía siendo la agricultura, como había sucedido desde la Edad Media y el olivo se encontraba a la cabeza de los cultivos más productivos. Sin embargo, a pesar de ello, el campo no rendía bastante porque los precios estaban muy bajos, no generaba recursos suficientes para modernizar los medios de producción y, por lo tanto, los salarios abonados a los aparceros eran escasos para poder mantenerse. La mayor parte de las tierras cultivables estaba en manos de pocos propietarios: grandes haciendas de los herederos de Cánovas del Castillo y de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paúl y otras más modestas de unas cuantas familias naturales del pueblo, que a duras penas podían pagar a los obreros contratados. Según recuerda Gerardo del Río, trabajando con las mulas para los frailes ganaba 50 pesetas cada semana y al cumplir el servicio militar y pensar en contraer matrimonio debió buscar un oficio mejor retribuido que encontró en el yeso, donde cobraba 400 pesetas o más semanalmente; la diferencia, pues, parecía considerable.

Por tanto, la coyuntura era difícil y uno de los recursos que permitió a la población empezar a restablecerse fue el yeso, hasta el punto de atraer una de las primeras oleadas migratorias, otro de los entrevistados resume en una frase muy explícita la importancia de las yeserías en la economía local: “el yeso era el pan”; incluso pensaban que canteros y yeseros eran unos privilegiados con respecto a los demás trabajadores. En el marco cronológico de esta investigación se contabilizaban hasta catorce fábricas de yeso produciendo simultáneamente. El nieto del fundador de *La Yesera Nacional*, Cremencio Marcos Medina, recuerda a su abuelo como el nuevo impulsor de una industria de tan larga tradición en Valdemoro, así como el responsable de la llegada de un buen número de paisanos suyos decididos a trabajar en una empresa con excelentes perspectivas de futuro.

⁹Pedro Carrero Lobón presentó un proyecto de obra para reconstruir su casa a cargo de la Dirección General de Regiones Devastadas (1941) o las hermanas Ruiz Cabrera que solicitaron el permiso en 1943, por citar algunos ejemplos.

Marcos Medina, natural de Alaejos (Valladolid), fue un hombre emprendedor y avisado, que arribó en el municipio poco después de finalizar la guerra civil, atraído por las numerosas manufacturas yeseras que salpicaban el término y sabedor de que, concluido el conflicto bélico y en plena recuperación nacional, sólo podían esperarse éxitos de una factoría directamente vinculada al mundo de la construcción. Sus comienzos en Valdemoro fueron como asalariado, en una pequeña instalación fabril ubicada a las afueras de la población pero muy cercana al centro urbano; allí aprendió los rudimentos de un oficio del que pronto se convirtió en verdadero promotor. La visión de futuro de este vallisoletano y su carácter inquieto le hicieron abandonar pronto el trabajo por cuenta ajena y establecerse por la suya propia. Aún no habían transcurrido dos años de su llegada a Valdemoro cuando adquirió unos terrenos próximos a la Estación en los que construyó el edificio industrial que albergaría “*La Nacional*”, como era denominada popularmente. Al tiempo que puso en marcha la fábrica adquirió varias fincas de las que extraía el material necesario; a mediados de siglo era propietario de cinco canteras – cuatro en el paraje de Los Yesares y una más en Los Pocillos– pero únicamente están identificadas tres de ellas, merced a un contrato de compra-venta que custodia el Archivo Municipal. Eran grandes parcelas cuya superficie oscilaba entre los 18.080 metros cuadrados de la más pequeña y los 38.400 de la mayor.

El edificio que acogió las ilusiones empresariales de Marcos Medina y contribuyó a mejorar las condiciones de vida de tantos valdemoreños era una nave de planta rectangular y muy alargada que experimentó sucesivas ampliaciones a medida que se incrementaba la producción. La primera de ellas tuvo lugar en 1947 y consistió en la “construcción de un muro paralelo al existente y a 5,30 metros del mismo [...]. La longitud total de la nave será de 60,18 metros y ocupará una superficie total la nave que se amplía de 349,04 metros cuadrados”. Tal y como queda recogido en la memoria descriptiva de la licencia de obra, la construcción general era de piedra caliza careada, “formándose su fachada con unas pilastras de cemento en su cara exterior de 0,50 metros y un zócalo en toda su longitud de 1,10 metros de altura”. Una década más tarde, en 1957, y ante las perspectivas de éxito que auguraban unos beneficios que no dejaban de progresar, Cremencio se vio obligado a realizar un nuevo agrandamiento de las instalaciones¹⁰.

¹⁰Véase el capítulo dedicado a *La Yesera Nacional* en MARTÍN GARCÍA, Nuria y otros, *Edificios que son historia. Valdemoro*, Madrid, Ayuntamiento de Valdemoro, 2007, pp. 124-131.

Parece evidente que las perspectivas de negocio no hacían sino prosperar y a continuación fueron apareciendo nuevos empresarios que se establecieron en el municipio, caso de *Ibérica del Yeso, S.A.*, que modernizó sus infraestructuras distinguiendo una nave para el molido de la piedra, otra para recocido, donde iría instalado un horno rotativo continuo, otra en la que se ubicaría el silo de yeso acabado, el molino de refino, un elevador y las ensacadoras y, por último, el almacén con el correspondiente muelle para la carga de camiones¹¹; o se agruparon entre sí para mejorar calidad y producción, como *Safrye*. Pero todo empezó a cambiar, en 1963, sin ningún motivo aparente, Cremercio vendió “*La Nacional*” a una multinacional, *Yesoval S.A.*, que la mantuvo en explotación hasta 1970 cuando la abandonó, demolió las edificaciones y destinó el solar a la construcción de viviendas. Más tarde, como mencionamos anteriormente y ante una competencia creciente, los integrantes de *Yesos Humanes* y *La Mundial* se agruparon para formar *Safrye* y afrontar un panorama poco alentador. La irrupción de nuevas industrias en el municipio relacionadas con la manufactura de muebles, la alimentación infantil y los derivados del fibrocemento animó a muchos yeseros a cambiar de oficio, buscando mejores salarios y unas condiciones de trabajo más livianas. Según recuerdan la mayoría de los entrevistados esa está entre las razones que hicieron desaparecer poco a poco una industria pujante desde los albores de la Edad Moderna. Evidentemente, también tuvo que ver el traslado de las principales empresas a San Martín de la Vega, no por agotamiento del subsuelo sino, quizá, por encontrar allí unas oportunidades de instalación más ventajosas; y, en último extremo, un inconveniente que afectó a *Safrye*, como recuerda uno de sus trabajadores, fue la construcción del muro medianero en la carretera de Andalucía, que obligaba a los camiones de carga y descarga a tener que dar un rodeo de varios kilómetros para llegar a la fábrica.

Las condiciones laborales

Los patrones pensaban que las canteras eran de fácil explotación porque estaban compuestas de pequeñas masas de piedra de yeso sueltas y mediante el empleo de explosivos podían desprenderse con cierta facilidad. Sin embargo, la opinión de los obreros no coincide con esta afirmación y las tareas a cumplir en las canteras eran de las más agotadoras durante todo el proceso. En general, las duras condiciones de trabajo que

¹¹Así aparece especificado en el proyecto presentado en el Ayuntamiento, IBÉRICA DEL YESO, S.A., “Solicitud de licencia urbanística para la instalación de una fábrica de yeso por Ibérica del Yeso, S.A.”, Valdemoro, 1966, *Expedientes de licencia de apertura*, Archivo Municipal de Valdemoro.

debían soportar en su jornada diaria normalmente eran más penosas que las sufridas por los agricultores, dureza acrecentada porque al no existir tanta maquinaria gran parte de las faenas debían hacerse a mano.

Dentro de los oficios dedicados a la cantería, el de barrenero era el que precisaba mayor resistencia física, porque mediante una barra de hierro con uno de los extremos cortantes, la barrena, profundizaba en la tierra hasta un total de seis a ocho metros. Contamos con la información proporcionada por uno de los especialistas en barrenar y, según su testimonio, tardaba unas tres horas en terminar su cometido. A continuación se introducía la pólvora, primero dos o tres cartuchos de dinamita, luego se tapaba el agujero y se horadaba alrededor para formar la llamada recámara, a fin de que el efecto explosivo fuera mayor; se prendía la mecha y seguidamente tenía lugar la voladura que provocaba el estallido en pedazos de la piedra que se transformaría en yeso. Esta actividad entrañaba, además, un factor de cierto riesgo porque un uso incorrecto de la pólvora o una escasa profundidad, entre otras complicaciones, podía provocar una explosión errónea y un posible accidente, como recuerdan que sucedió a uno de los barreneros, conocido por todos los entrevistados que, desgraciadamente, protagonizó el único episodio luctuoso en la memoria colectiva. Los explosivos debían ser manejados por personal especializado provisto de un certificado especial expedido por la Jefatura de Minas¹² tras haber superado el examen correspondiente y su control estaba bajo la supervisión de la Guardia Civil.

Una vez extraída la piedra en las canteras se transportaba a las yeserías, antiguamente en carros y a partir de la segunda mitad del siglo XX en camiones. Cuando llegaba a la fábrica se sometía a un proceso de selección para separar la destinada a la elaboración del yeso de la que se convertiría en escayola y, posteriormente, pasar al proceso de cocción. Pero antes debían de prepararse los hornos y mediante hiladas de piedra formar una bóveda que serviría de base para la carga de toneladas de material. Los hornos ardían durante bastante tiempo porque el proceso de quemado era muy lento; según recuerda Gerardo, en *La Mundial* había 14 hornos, que se llenaban cada 48 horas, mientras 7 estaban cociendo, los otros 7 se estaban preparando y cargando. Antiguamente se quemaba con gavillas de jara o leña de encina procedente de los bosques de la sierra de Madrid, pero con el transcurrir del tiempo las factorías más modernas

¹²IBÉRICA DEL YESO, S.A., “Solicitud de licencia urbanística para la instalación de una fábrica de yeso por Ibérica del Yeso, S.A.”, Valdemoro, 1966, *Expedientes de licencia de apertura*, Archivo Municipal de Valdemoro.

fueron incorporando quemadores de fuel-oil, que abarataban el producto al suprimir el acarreo diario de cientos de kilos del combustible vegetal. Una vez cocida la piedra se seleccionaba, la mejor para el yeso blanco, utilizado para dar la última capa de enlucido o “acabado” de las paredes y la de inferior calidad y con más impurezas para yeso negro. Acto seguido era conducida por cangilones a una machacadora y molinos refinadores. El producto resultante se envasaba en sacos de unos 35 kilos para transportarlo en camiones a sus respectivos clientes. Un antiguo camionero recuerda haber llevado numerosas cargamentos de yeso para las obras del Teatro Real de Madrid, a cuyo cargo estaban los hermanos Arregui.

Mientras que en las canteras trabajaban una media de 7 u 8 hombres, el personal empleado en las fábricas era más elevado, distribuyéndose los oficios entre horneros, raspadores y camioneros, básicamente. Cuando *Safrye* presentó su proyecto ante el Ayuntamiento para obtener la licencia urbanística estimaba necesario contar con un total de 24 obreros distribuidos de la siguiente manera: 1 encargado, 10 operarios de los hornos, 5 de las tolvas de almacenamiento y 8 para los molinos y refinadores¹³, una nómina similar a la calculada por *Ibérica del Yeso, S.A.*¹⁴. Como en otras cuestiones *La Yesera Nacional* estaba a la cabeza del resto de instalaciones porque en su plantilla se contabilizaban hasta 40 trabajadores con la salvedad de que, entre los 15 raspadores contratados a mediados de la década de los 40 una docena eran mujeres, la única fábrica valdemoreña con empleo de mano de obra femenina. Además de raspar las impurezas de la piedra cuando salía del horno también se encargaban de llenar los hornos recogiendo el material con una espuerta y de coser los sacos de esparto utilizados para transportar el producto final. Asimismo, contaban con un gestor, ocupado de las tareas administrativas y tres encargados que velaban por el buen desarrollo del proceso de fabricación. Uno controlaba a los trabajadores, otro vigilaba la marcha de la maquinaria y el tercero supervisaba el combustible necesario para el funcionamiento de los hornos. Sus ascuas se depositaban en un foso creado al efecto hasta que se enfriaban, para después venderlas como carbón de encina para cocinas y braseros.

¹³SAFRYE, “Licencia para la construcción de una fábrica de yeso”, 1965, Archivo Municipal de Valdemoro.

¹⁴IBÉRICA DEL YESO, S.A., “Solicitud de licencia urbanística para la instalación de una fábrica de yeso por Ibérica del Yeso, S.A.”, Valdemoro, 1966, *Expedientes de licencia de apertura*, Archivo Municipal de Valdemoro.

Respecto a las condiciones económicas de nuevo son los antiguos empleados de *La Yesera Nacional* quienes informan de los salarios percibidos. Las retribuciones estaban en función del tipo de trabajo desempeñado y sin ninguna discriminación sexista. Así, los raspadores cobraban 3,75 pesetas por día que, en el caso de los horneros, ascendía a 7,75, mientras que los canteros, la categoría mejor pagada, percibían un sueldo de 10 pesetas. Cantidad bastante inferior a la calculada por los empresarios que estimaban el jornal medio de un peón especializado en estos tipos de trabajo, incrementando cargas sociales, seguros de accidentes, pluses, vacaciones, etc. en 200 pesetas diarias¹⁵.

Relaciones sociales

Es difícil imaginar que un trabajo tan duro, complementado después con otras tareas agrícolas, dejara mucho tiempo libre a lo largo del día y que en esos momentos todavía quedaran ganas para el entretenimiento. Debemos tener en cuenta que la mayoría de los entrevistados empezó a trabajar a una edad muy temprana, entre 6 y 8 años, y entraron en las yeserías como ayudantes con 14 o 15; algunos un poco más tarde, cuando regresaron del servicio militar. Pero, en cualquier caso, en buena parte de la infancia y la adolescencia ya conocían sobradamente la dureza de ganar el pan en una época tan difícil como fue la posguerra. El horario era diferente en las canteras y en las fábricas, en las primeras era ajustado, sin límite, porque cuantas más horas se empleaba más dinero se cobraba; en las segundas solía oscilar entre las 9 y la 1 de la mañana y las 2 y 6 de la tarde. Una vez finalizada la dura y larga jornada laboral los hombres acostumbraban a reunirse en los bares del pueblo donde frente a unos chatos de vino comentaban las incidencias del día. Aunque, en realidad, la mayoría de ellos no tenía tiempo para fiestas o reuniones porque una vez acabada la faena en el yeso, que solía durar ocho o nueve horas, todos acudían al campo; la siega en el verano, cavar olivos o viñas, arrancar garbanzos, limpiar lindes, etc., eran las últimas obligaciones diarias de los yeseros que de ese modo completaban el salario. De todos modos, una de las ventajas de estos oficios respecto a los relacionados con la agricultura era los días de descanso y la jornada temporal: los entrevistados recuerdan que cuando trabajaban en el campo –casi todos lo hicieron antes de llegar a canteras y yeserías– debían de acudir a sus obligaciones los siete días de la semana de sol a sol, sin apenas tiempo para el descanso ni mucho menos el ocio. La bueno de trabajar en el yeso era que, además de cobrar unos haberes más

¹⁵*Ib.*

altos, tenían una jornada estipulada y el descanso dominical, con el tiempo ampliado al sábado por la tarde y, más adelante, al fin de semana completo.

Evidentemente, entonces no había tantas ocasiones para el asueto, aunque sí esperaban con alegría las fiestas patronales porque entonces era la época de mayores distracciones lo largo del año: en mayo, las dedicadas al Cristo de la Salud y en septiembre a Nuestra Señora del Rosario, marcaban un hito lúdico entre días y días sin apenas descanso ni disfrute. Pero las extremas condiciones laborales vividas por estos hombres y mujeres no estaban reñidas con el buen humor y una de las trabajadoras de “*La Nacional*” recuerda con una memoria y un desparpajo increíble para sus 80 años de edad la canción que “compusieron” para alabar el buen hacer de la plantilla femenina de su empresa que, por su interés antropológico transcribimos a continuación:

“La Yesera Nacional es la que pita, pita, pita y pitará,
con su colección de chicas, que son lindas y castizas de verdad.
Pues dicen que la escayola que ellas raspan nadie podrá superar,
porque con sus manos diestras la hacen limpia y blanca
que no cabe cosa igual.
Tenemos al encargado que nos trata con cariño y con bondad
y, gracias a como manda, La Yesera pita, pita, pita, pita y pitará.
Buena envidia que nos tienen a todos los de esta casa en general,
pero nuestro jefe es listo, torea desde los medios y no se deja pillar,
porque sabe torear”.

En síntesis, todos los entrevistados, pese al rigor y dureza de los tiempos tan difíciles que les tocó vivir, los recuerdan con cierto cariño y coinciden al afirmar que entonces se vivía diferente porque había más solidaridad entre los compañeros y los vecinos se conocían y se apreciaban “como una gran familia”. Aunque, también es cierto que a veces surgieran pequeñas disputas como en todos los lugares.

Para concluir, una actividad de tan larga tradición en la economía valdemoreña como fue la explotación del yeso marcó de manera indeleble la sociedad, el urbanismo y la demografía del municipio. Un negocio tan productivo durante tantos siglos fue dejando paso a otras industrias con tareas menos sacrificadas y mejor remuneradas, protagonizando, en cierta manera, una especie de “segunda revolución industrial local”. Pero, lo que es indudable, es el importante papel que desempeñaron canteros y yeseros en una

época, la posguerra y, más adelante, el desarrollismo, en las que, gracias a su ímprobo esfuerzo se revitalizaron los niveles económicos del municipio.